

Extractos de diarios de viajes

Juan Manuel Echavarría

Artista visual, fundacionpuntos@gmail.com

Escribí ficción durante años, me apasioné por el origen de las palabras, su cadencia, la metáfora... Pero en el umbral de mis 50 años naufragué con mi escritura. La palabra escrita me pidió que la dejara quieta y en silencio, que me alejara. La escuché.

Fue entonces cuando me llegó el regalo más contundente de mi vida: la cámara de fotografías. Ella me sacó de mi burbuja y rompió las cuatro paredes de mi estudio, me lanzó por caminos desconocidos, por trochas de tierra y barro que me abrieron valles y montañas, ríos y selvas, pueblos y caseríos afectados por la guerra. Me llevó a aprender con mis pies.

Estos caminos que continúan y continúan me volvieron a traer la palabra escrita. Esa palabra que no le permite a mi memoria diluirse en el agua o en el aire o en la nube azul que pasa y se va... Desde entonces, escribo diarios de viaje para no olvidar.

Mayo 10-2005

Para llegar a Bojayá me subí, con Fernando Grisalez, a una pequeña avioneta en Medellín. Despuntaba el día. Unos cincuenta minutos después divisamos el río Atrato y en sus orillas, mirándose, Bellavista y Vigía del Fuerte, dos pueblos abrazados por una selva interminable.

Para aterrizar, la avioneta tuvo que dar varias vueltas sobre Vigía. La pista era la calle principal del pueblo, una calle de cascajo y tierra. Al escuchar la avioneta, los policías se alertaron y corrieron a sacar a los niños que jugaban, a la gente que caminaba. Algunos miraban hacia arriba, otros se metían en las casas y otros ayudaban a espantar los cerdos, los burros y los perros. Increíblemente, veíamos esto desde el aire.

Al aterrizar, la avioneta sufrió un cimbronazo tan fuerte que pensé que la osamenta de este pájaro no iba a aguantar... respiré profundo. Diego, el piloto, era un veterano de todas las guerras.

Noel y Vicente nos esperaban. En Vigía nos quedamos en la pensión de Doña Agripina, una señora muy amable. Las FARC, me contó Noel, secuestraron a su marido, un comerciante próspero de madera. La pensión era de tabla, a orillas del río Atrato, un lugar muy apacible.

Vicente nació en este pueblo. Fuimos a su casa después de dejar las maletas. Su familia, abierta y hospitalaria, nos esperaba con un desayuno con caldo de pescado.

Luego salimos para el puerto donde cogimos una panga para atravesar el Atrato y llegar a Bellavista. Comenzaba a resplandecer un sol intenso. Serían las nueve de la mañana. El cruce entre los dos pueblos dura muy poco tiempo. Con Noel y Vicente nos sentíamos seguros.

Al desembarcar en el muelle de Bellavista, Domingo nos estaba esperando con sus brazos abiertos y una sonrisa que alumbraba su cara... nos abrazamos. El pueblo parecía vacío y muy silencioso. A mano izquierda nos mostraron la Caja Agraria, destruida en el año 2000 por la guerrilla, más allá estaba la iglesia:

“Aquí fue donde cayó la pipeta de las FARC. Me tocó recoger a los muertos tres días después de la masacre. Murieron más de 70 personas. Los cuerpos se pudrían a la intemperie, me tuve que jartar una botella de ron. Al recogerlos, lloraba y cantaba”, nos dijo Domingo.

Al lado de la iglesia, la casa cural y el puesto de salud, ambos en ruinas, también sufrieron el impacto de la pipeta... después, el colegio de dos pisos y, más allá, la escuela... también en ruinas.

Continuamos... nos llevaron a Pueblo Nuevo, un barrio de pescadores a la orilla del río. Las casas de madera se anegaban siempre que crecía el río... “Una cantidad de muertos salió de este barrio”, nos contó Domingo. Hoy, todo abandonado.

Nos sentamos a orillas del Atrato a contemplarlo: su lomo ancho, café claro, bajaba profundo, lento. A finales del verano el río parecía somnoliento.

Vicente nos contó que desde el 97 hasta el 2002 era frecuente ver cabezas y pedazos de cuerpos bajar por el río. Ya entonces habían entrado los paramilitares. Noel añadió que, a veces, veía muertos amarrados, todos boca abajo y marcados con letras rojas, con un grafiti que decía: “no me toque”. Domingo, con su voz profunda, añadió: “no los podíamos recoger, si lo hacíamos nos mataban”.

En un momento vi un árbol muy alto, me levanté y le dije a Noel que me acompañara. Era una Bonga, su tronco inmenso perforaba el cielo. Noel me contó que a estos árboles los asocian con el diablo porque de noche se les escucha una música y asustan. Cerca de allí, me llevó a conocer el Maraón, un árbol de ramas extensas. Me contó que él le hablaba a este árbol, le contaba sus cosas. “Mi mamá me dijo que si uno le decía los secretos a un árbol, el árbol nunca se los iba a contar a nadie, en cambio una persona sí...”.

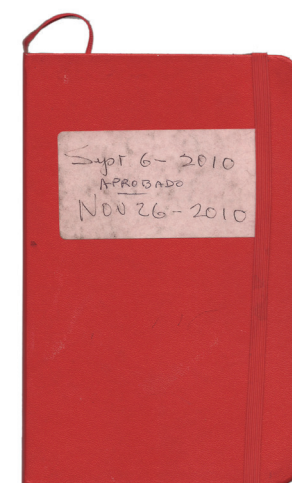
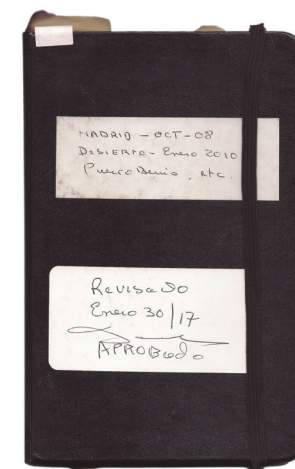
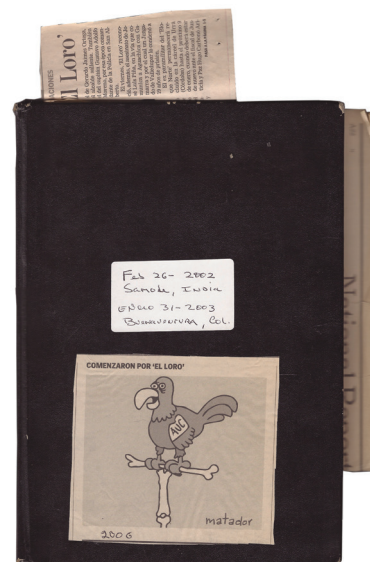
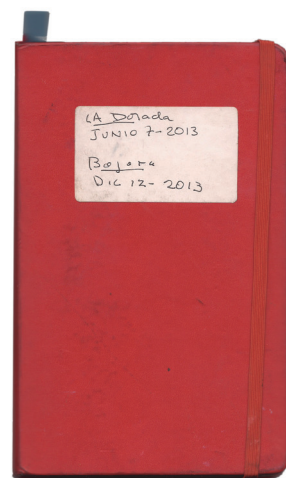
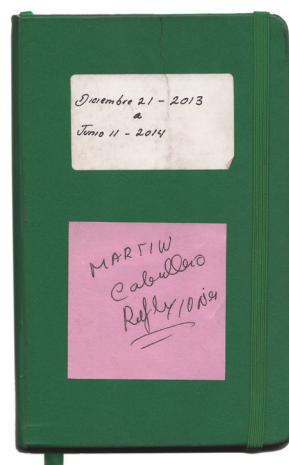
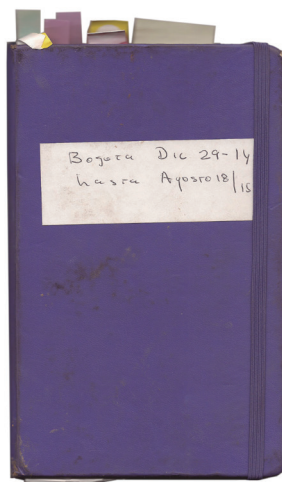
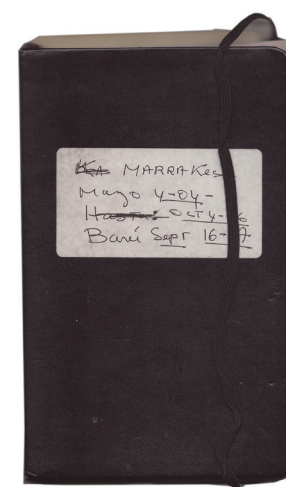
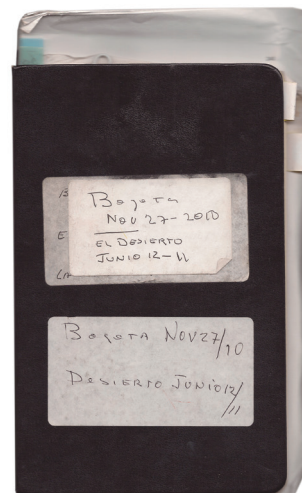
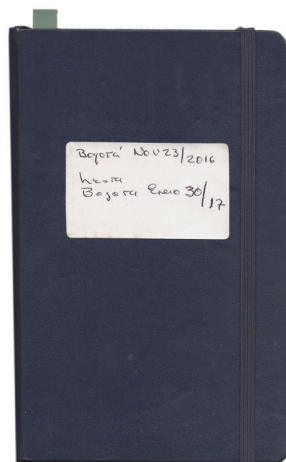
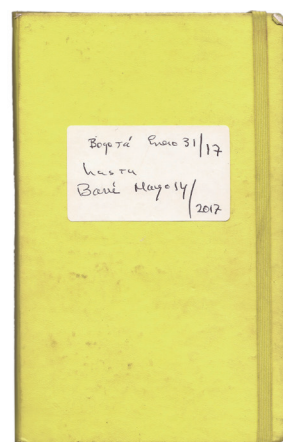
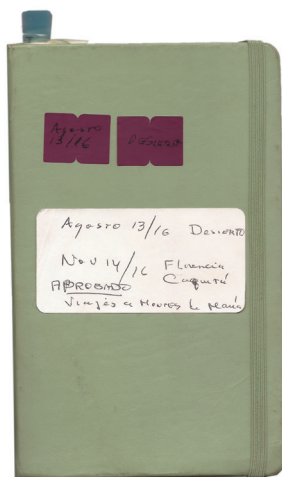
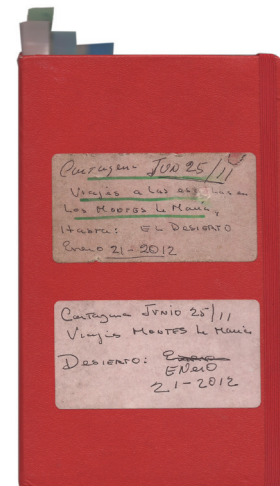
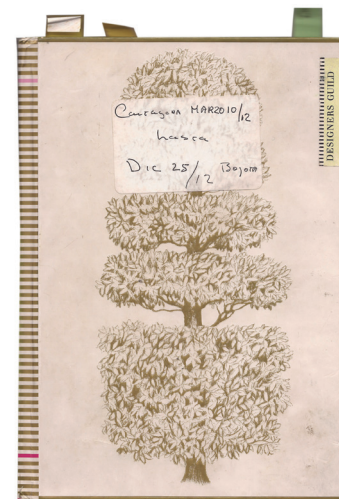
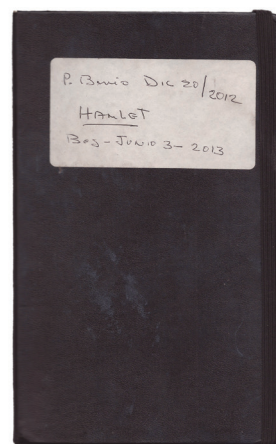
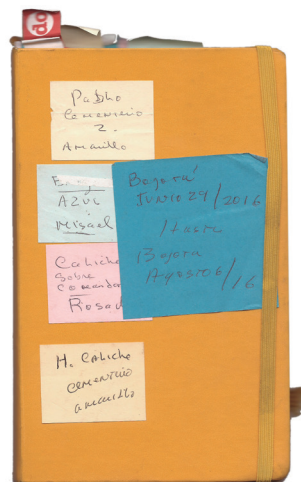
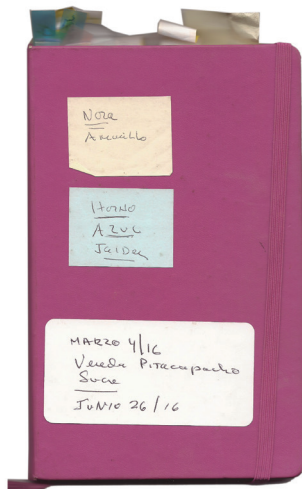
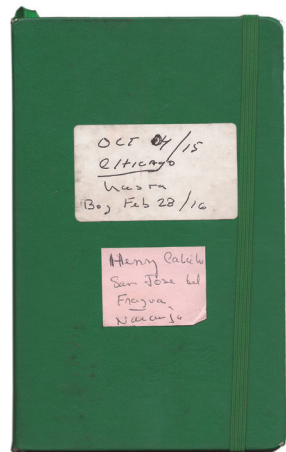
Serían las dos de la tarde cuando llegamos a almorzar a la casa de Domingo. Su señora nos tenía un banquete: caldo de gallina criolla, arroz, plátano maduro, yuca y ñame. Lo disfrutamos y conversamos. Su casa al final del barrio Bella Luz, donde también vivía Noel antes de ser desterrado con su abuela y sus hermanos a Quibdó.

Ese primer día en Bellavista no podíamos dejar de visitar el cementerio. No estaba lejos del río. Las tumbas estaban entre un arbusto no muy alto que se llama Palma de Cristo, de hojas rojas. En el Chocó, me dijo Noel, es costumbre ver esta planta en los cementerios.

Las tumbas a ras de tierra, no había una que sobresaliera. Domingo nos fue mostrando las estacas de madera con los nombres de las personas que murieron en la masacre ese 2 de mayo del 2002. “No se sabe si debajo está la persona que es. Hubo mucha confusión cuando enterramos a los muertos”, nos dijo. Después nos mostró donde enterró a Lucy, la guerrillera de las FARC. No había una cruz, nada que señalara que allí había alguien. “La encontraron a la orilla del río y el alcalde me pidió que la viniera a enterrar: el hueco, una bolsa negra y nada más”.

De regreso a Vigía nos bañamos en el río. El día estuvo muy caliente, las aguas tibias nos acariciaban el cansancio. Entre las nubes caía el sol y yo, agradecido, pensaba en cómo Vicente, Noel y Domingo nos abrían las puertas para acercarnos y conocer desde adentro la tragedia que se vivió en estas comunidades tan lejanas y olvidadas por esa Colombia apática y anestesiada de donde yo vengo...

El Desierto de La Candelaria, Boyacá.



Octubre 12-2016

Para llegar a las escuelas de Caña Fría y Buenos Aires, ambas abandonadas por la guerra, el camino a caballo fue de nueve horas. Ir de Palo Alto y volver a Palo Alto, Sucre.

Los caminos muy estrechos. Caminos de herradura llenos de barro. Era invierno. Se resbalaban los caballos, caminos muy difíciles para ellos también. Varias veces me bajé del caballo. Caminos que suben y bajan empinados. Un territorio muy apartado. Muchos árboles. Momentos entre la selva. El recorrido, casi todo, bajo la sombra.

Muy pocos pobladores han regresado a estas veredas desplazadas en el año 2000 por la masacre paramilitar de cinco campesinos en la vereda El Toro, de esta zona de Palo Alto. Sus nombres aún los desconozco. Tampoco sé dónde fueron enterrados. Con nuestro guía José Domingo podré conocer estos detalles. Él es un hombre de pocas palabras, agradable en su silencio, atento, un buen guía que conocía a los pocos campesinos que encontramos a lo largo del camino. Este, un territorio de población negra.

Volví a sentir hospitalidad: el tinto hecho en fogón de leña. Este tinto servido en un pocillo pequeño es una pausa en el camino, una pausa para conversar con el campesino y escucharlo, una pausa que se alarga y en la que se puede aprender algo de este campesino que vuelve a sus tierras después de tantos años de guerra y destierro.

Este tinto me lo tomé en casa de Danoi, su mamá me lo brindó. Danoi joven, bello, de linda sonrisa. “Bienvenidos”, nos dijo allá en su vereda Caña Fría, donde fotografiamos la escuela de dos aulas. Una de ellas en ruinas. La otra con techo y transformada en la vivienda de un campesino con sus ollas de cocinar, su termo, sus dos vasos en medio de pilas de maíz. Esta aula guarda dos tableros. Uno, muy pequeño, gris y cuadrado, para niños empezando su educación. Hoy, un tablero mudo en medio de la ropa y el maíz. “Aquí fueron mis primeras clases”, nos dijo Danoi.

Después de Caña Fría volvimos por el mismo arroyo con sus majestuosos árboles: el Copé, el Suan, el Caracolí, el Jobo. “Vamos ya a la otra escuela, nos va a llover y el camino se pone muy difícil”, nos dijo José Domingo.

Sería una hora más a caballo y llegamos a Buenos Aires. De nuevo encontramos campesinos y hospitalidad. Ya se cerraba el cielo. Truenos y relámpagos.

Muy oscuro el interior del aula. Fernando, con mucha tranquilidad, puso el trípode, la cámara. Largas, muy largas exposiciones. Siento que logramos buenas fotografías.

Esta aula, hoy día, es de una familia que regresó del destierro y la transformó en su hogar.

En Buenos Aires no tuvimos tiempo suficiente para conversar con la familia que habita la escuela. Se largó el aguacero y tuvimos que salir a la carrera. La abuela me alcanzó a regalar un ñame inmenso en un costal. “Gracias, gracias, gracias, señora”, y le di un fuerte abrazo. Salí tan agradecido con ella, y no recuerdo su nombre para dejarlo escrito en este relato. ¿Cómo lo podré averiguar? Ni siquiera tuvimos tiempo de tomarle una fotografía para agradecerle su gentileza: ese ñame gigante en medio de la tormenta. Y fueron gotas muy gruesas las que cayeron, “como de cristal”, dijo Fernando.

Fue un aguacero largo que nos empapó al regreso. Me gustan estos aguaceros en el trópico. Me hacen sentir el poder inmenso de la naturaleza. Me asombran, y puedo decir: “¡estoy vivo!”.

En un momento dado, el caballo de Emmanuel se hundió en el barro, se sacudió, Emmanuel perdió el equilibrio y cayó al suelo. El barro lo protegió.

A nuestro guía también lo tumbó su caballo. Se hundieron sus cuatro patas en el barro, José Domingo lo fustigó con una rama, saltó el caballo y él al suelo. El barro espeso también lo protegió. ¡Qué jinete tan ágil es José Domingo! Hombre sereno y pendiente de que a ninguno nos fuera a pasar nada.

Moribundos llegamos de nuevo a Palo Alto. Moribundos, pero llenos de oxígeno. Nueve horas en el lomo de un caballo para llegar a dos escuelas abandonadas por la guerra. Para conocerlas y fotografiarlas. Para que estas escuelas de Caña Fría y Buenos Aires existan y no se olviden. Para que logren, en su silencio, hablar de la educación como víctima de esta guerra.

Cruz del Viso, Bolívar.



Juan Manuel Echavarría y Fernando Grisalez, serie De qué sirve una taza, 2014-2023

Enero 6-2017

Hoy fue “el día de las siete lluvias”, como lo llamó Silfredo, excombatiente de las FARC, quien pintó obras inolvidables sobre Zabaleta, su pueblo natal. Hacía unos 11 años que no volvía a su pueblo. Desertó de la guerrilla y tenía temor de regresar, de que lo fueran a matar.

Zabaleta es un caserío grande. Desde siempre las FARC entraban y pasaban. Era lo normal. Antes de las FARC, pasaban los del M19.

Zabaleta vivió y sufrió la bonanza cocalera. Las FARC controlaban el mercado de la base de coca y a todos los habitantes del pueblo. Quien entraba sin autorización no salía más... ¡Sentencia de muerte!

Silfredo pintó *La muerte de cuatro colegiales*. Dos muchachas y dos muchachos a quienes la profesora de un colegio, en el vecino pueblo de San José de Fragua, manda a cumplir una tarea en Zabaleta. Entran sin permiso de las FARC... Las FARC los amarran y luego los matan. “Marcial era el comandante”, cuenta Silfredo, y en su pintura nos muestra a los cuatro colegiales asesinados.

En el puerto de Zabaleta nos embarcamos en una canoa grande. Éramos ocho: Fernando, John Jairo, Andrés, Silfredo, La Bella, Henry Caliche, el lancharo “Gorgojo” y Juan Manuel. Número perfecto de pasajeros. Cabíamos muy bien con todo el equipo de fotografía, el dron y la bolsa con barras energéticas.

Arrancamos río abajo. Silfredo me mostró un árbol que yo había visto en viajes anteriores, pero no conocía su nombre: el Carbón. Un árbol de hojas pequeñas, frondoso y muy tupido, que protege las orillas del río.

Navegando pude observar las pequeñas plantaciones de coca de los campesinos de esta zona. Continuamos río abajo. Nos tocó navegar con una lluvia menuda, llovía y dejaba de llover. El río Zabaleta crecido, sus aguas oscuras, llenas de barro y tierra.

Finalmente, nos orillamos en un embarcadero de tierra empapada. Continuamos por un camino estrecho y muy tupido de monte. “Allá era la casa de dos pisos”, me dice Silfredo, y agrega: “hace unos años se quemó. La casa era toda de madera.

Una casa grande donde le gustaba mucho a la guerrilla venir. Aquí los campesinos traían la coca y se la compraba la guerrilla. Filas de campesinos vendiendo su mercancía”. Fue en esta casa donde amarraron a los colegiales una noche y al otro día los mataron. De Zabaleta vinieron a recoger los cuerpos, quedaron tirados.

¿Podrá haber una historia más cruel, más dura, más injusta? ¿Cómo voy a encontrar las tumbas de estos colegiales? ¿Cómo podré encontrarlos para conocer sus nombres? ¿Cómo? ¿Cómo?

Estoy en el proceso, pero aún hay mucho temor en la gente, como una neblina, el silencio los envuelve. En Zabaleta nadie cuenta esta historia que Silfredo pintó.

Después de visitar la casa quemada donde fueron asesinados los colegiales, fuimos al cementerio de La Consolata que está en un barranco arriba del río Caquetá.

Un cementerio pequeño y abandonado, con muchas cruces de madera caídas, pudriéndose. En la parte más profunda del cementerio nos esperaban 28 tumbas de 28 guerrilleros. Cada una sin nombre. Cada tumba igual a la siguiente. Enchapadas en baldosín azul celeste. Cada una con su puerta metálica y una cerca de puntas agudas, como chuzos de hierro protegiéndolas. Cada tumba a ras de tierra. Todas en fila, una al lado de la otra, como si fuera una formación militar, pensé.

Cada uno de ellos un desaparecido. Alguna mamá, alguna familia campesina espera noticias de estos cuerpos sin nombre, que esperan, cada uno de ellos, su nombre, su identidad.

“Aquí el comandante Asdrúbal fue enterrado. Pero no recuerdo cuál es su tumba”, me dice Henry Caliche, quien presencié el entierro. “Fue muy emocionante, hubo guardia de honor, la mamá estuvo presente, dijo unas palabras que nos aguaron los ojos: ‘yo todavía soy joven y voy a tener más hijos y todos serán para la guerrilla!’”.

Desde este cementerio la vista es inolvidable: el río Caquetá, este río que pintaron diferentes excombatientes de las FARC como Henry Caliche y Silfredo en los talleres de pintura, fluye allá abajo, ancho y profundo. Su color café oscuro y no

azul, como lo representaron. Ese río fluye ahora lento ante mis ojos.

Después de los talleres de pintura (2007-2009) continuamos en contacto con algunos excombatientes. Y son ellos quienes, 10 años después, nos traen a conocer esta geografía remota de la guerra. Nunca llegué a imaginar que algún día iba a poder navegar los ríos y caminar por los pueblos que pintaron, como Zabaleta, La Novia, Fragueta y muchos otros. Siento que me llevan dentro de sus pinturas y que estas dejan de ser representaciones y se abren hoy día a todos mis sentidos.

Belén de los Andaquíes, Caquetá.



Juan Manuel Echavarría y Fernando Grisalez, serie De qué sirve una taza, 2014-2023



Diciembre 24-2018

Vuelvo a ese camino que nos llevó desde el pueblo de Don Gabriel, en la alta montaña de los Montes de María, al campamento La Sastrería en Cerro Pelao... vuelvo a recordar y a escribir para no olvidar.

Un camino lleno de piedras. Piedras de todos los tamaños. Paso a paso y mucha concentración: primero, el ojo en la piedra y luego, el paso. Al principio ascendía lentamente entre potreros abiertos con ganado.

En algún lugar me detuvo una ceiba gigante, sus ramas desnudas y llenas de flores blancas. Arturillo, mi sobrino, pensó que eran pájaros. ¡Un árbol envuelto en cientos de aves blancas!

Recogí una de sus flores. Una flor grande como una esponja, blanca, tan blanca, tan liviana como si fuera el suspiro de este árbol majestuoso, de tronco añoso y de brazos que sostenían el cielo... y de pronto, este suspiro entre mis manos, sus pistilos largos y su polen color naranja.

La pasé de mano en mano... a José, a Misael, a Arturillo, a Jaider y Jader, a Palencia, a Emmanuel, a Jorge, a Fernando... y continuó de mano en mano antes de seguir por este camino pedregoso que en poco tiempo comenzó a alejarse. Esta flor, el primer regalo que nos ofreció el camino que nos llevó a lo más alto de Cerro Pelao.

¿Por qué se llama Cerro Pelao?, le pregunté a Misael. Y él me aclaró: “este cerro, todo es una sola piedra”.

El camino nos llevó a otro camino por donde doblamos, mucho más estrecho y bajo la sombra de la selva. Y más allá salimos a un cultivo de maíz alto y dorado. Y, de repente, una vista inmensa, un mirador donde se divisaban otros montes en el fondo de los Montes de María.

Descansamos... y continuamos por entre un pasto muy alto que se conoce allí como “Bombasa”. El camino se perdía lleno de piedras envueltas en hojas muertas.

Llegamos al umbral del campamento, selvático y profundo. La Sastrería en la cresta de Cerro Pelao, en la cresta inhóspita de este coloso de piedra,

envuelto en una selva tupida, extensa, apretada y con poca luz, una luz que apenas se filtraba.

Allí, carajo, ¡habíamos llegado! A La Sastrería de los frentes 35 y 37 de las FARC en los Montes de María.

Sastre, palabra derivada del latín *Sarcire*: “remendar, reparar, zurcir”.

En este campamento el hilo y la aguja hacían parte de esta selva inmensa de luz escasa... el hilo y la aguja para reparar una prenda, para bordar un nombre, para revelar, años después, una huella de humanidad en medio de la guerra, como en ese pequeño bolso de tela negra que encontramos donde se leía, escrito con hilos blancos y rojos: “Tulio”.

“¿Quién sería Tulio?”, pensé al encontrar el nombre bordado con delicadeza en su bolso pequeño, donde quizás llevaba su cepillo de dientes, su encendedor, quizás su peine...

En las entrañas del campamento encontramos dos máquinas de coser. Fue muy difícil fotografiarlas: por los árboles se filtraba una luz escasa y las dos máquinas estaban en la costilla del cerro. Fue necesario el trípode. Ponerlo entre la hojarasca espesa y el suelo de piedras. Fernando lo logró. Paciencia y tranquilidad... Y abajo el abismo, el filo del abismo tupido de monte.

Este campamento inalcanzable, impenetrable... Hasta que los bombardeos desde el aire, a lo ancho y largo de este macizo de piedra, vuelven esta guarida invivable y los combatientes la tienen que abandonar.

Debió ser poco después que algún combatiente capturado o algún campesino de esta zona llevó al Ejército a La Sastrería para buscar información. Allí encuentran las máquinas de coser y “las revientan” para que nunca vuelvan a coser un chaleco, un bolso, un camuflado, un brazalete o un botón... para que nunca vuelvan a remendar un uniforme, una prenda. Para dejarlas inservibles para siempre.

Tomar fotografías fue agotador, pero el entusiasmo me reanimaba. Ascendimos por un lado muy empinado, tan abrupto que para subir tuvimos que hacer, en algunos momentos, una cadena humana o agarrarnos de los bejucos más

firmes. Todo para llegar a un basurero enterrado que Jader excavó con su machete. Encontró tres pequeñísimos estuches de plástico para agujas marca Schmetz.

Pero el objeto más asombroso fue uno que pudo haber pasado como algo insignificante. Apareció sobre la hojarasca, allí reposaba quieto y silencioso. La observé. Era una olla muy pequeña. No veía nada, nada, ni un nombre escrito. La recogí en mis manos, le di la vuelta, la volví a repasar con la mirada... Cuando de repente observé unas incisiones en una de sus caras, unas marcas leves hechas, me imagino, con una navaja o algún instrumento punzante. Pegué el ojo como una lupa. Era casi ilegible lo que allí encontré: un corazón atravesado con el nombre “Maricela”.

Este corazón desdibujado de un combatiente en esta olla de aluminio donde guardaba su arroz, su yuca, sus plátanos, también esa ración de hambre que nunca faltaba me habló del amor en medio de ese campamento devorado por la selva hacía más de doce años.

La Candelaria, Bogotá. 



Juan Manuel Echavarría con colaboración de Fernando Grisalez,
serie Silencios, 2010-2023, "Silencio", Puerto Torres, Caquetá, 2015